



LA TRAMPA



UNA mañana de Junio un tanto fría y brumosa, Luis Rivera, el arrendatario de El Laurel, y su amigo el teniente de ingenieros Antonio del Solar, tomaban desayuno y conversaban alegremente en el amplio y vetusto comedor de las viejas casas del fundo. Jóvenes, de veinticinco a veintiséis años, el militar y el hacendado,

se conocían desde los tiempos del colegio, lo que había afirmado y hecho inalterable su amistad. Del Solar, cuyo regimiento estaba de guarnición en el vecino pueblo de N., hacía frecuentes excursiones a la hacienda, pues era apasionado por la caza. La tarde anterior, con gran contento de Rivera, a quien su visita distraía en su forzada soledad, había llegado decidido a pasar dos días en el fundo, dedicado a su sport favorito.

De pronto y cuando la charla de los dos amigos era más animada, resonó en el patio el rápido galope de un caballo y un momento después un estrepitoso ruido de espuelas se aproximó a la puerta del comedor, apareciendo en el dintel la figura de Joaquín, el viejo mayordomo, con el grueso poncho pendiente de los hombros y las enormes polainas de cuero que le cubrían las piernas hasta más arriba de las rodillas. Sombrero en mano, avanzó algunos pasos y se detuvo con ademán respetuoso delante de los jóvenes. El hacendado dejó sobre el platillo la taza de café humeante y preguntó en tono afable a su servidor:

—¿Qué hay, Joaquín, tienes algo que decirme?

Con voz que tembló ligeramente contestó el anciano:

—Sí, señor, y es una mala noticia la que tengo que darle. Anoche descueraron en el potrero de los Sauces a otro animal.

El rostro de Rivera enrojeció visiblemente y el viejo, viendo que nada decía, agregó:

—A la vaca overa, la Manchada, le tocó, su merced.

El mozo golpeó con el puño la mesa y se puso de pie violentamente en tanto exclamaba lleno de cólera:

—¿Cómo, la Manchada, dices, y por qué estaba esa vaca en los Sauces, quién la puso ahí?

—Es que la sacaron del potrerillo, su merced, y la llevaron para matarla allá.

El joven se dejó caer sobre la silla, miró a su amigo y dijo para excusar su arrebató:

—Es una vaca fina, Antonio. La compré en la feria hace poco en mil pesos.

Luego, volviéndose al campesino interrogó:

—¿Y cómo la sacaron del potrerillo?

—Corrieron los tranqueros en el rincón que da para los Sauces.

—¿Y Agustín no sintió nada, no ladraron los perros?

—Dice que no, señor.

—Bueno, como ya sabes lo que hay que hacer, puedes retirarte.

Cuando el viejo iba a traspasar el umbral de la puerta, una nueva pregunta lo detuvo:

—¿Qué se llevaron?

—El cuero, su merced, un pedazo de lomo y la lengua.

—Lo de siempre, dijo Rivera mirando a su amigo y después de una pausa, agregó:

—Estas pérdidas de animales me desalientan, Antonio. Créeme que muchas veces he tenido el pensamiento de rescindir el contrato de arriendo del fundo y abandonar estos campos malditos plagados de cuatrerros. El año pasado me descueraron ocho animales y en los cinco meses de éste, con el de anoche, se enteran cuatro.

Del Solar que no había desperdado los labios, dijo entonces, fijando en el rostro tostado y enérgico de su amigo sus ojos azules, serenos y penetrantes:

—¿Y tú qué has hecho para defenderte de esta plaga?

—Todo lo que he podido. He organizado rondas nocturnas por los potreros y yo mismo tomo parte en ellas las más de las veces; he ofrecido doscientos pesos por una denuncia; tuve aquí durante dos semanas, disfrazado de huaso, a un agente de la secreta y, total, nada, nada he podido descubrir por más que me he devanado los sesos ideando planes para sorprender a esos bandidos.

—¿Y la policía, qué ha hecho la policía?

—Hombre, te diré que al principio, cuando me mataban un animal, lo primero que hacía era montar a caballo y encaminarme al pueblo a denunciar el hecho a la policía. Y no sólo hablaba con el comandante sino también con el juez y el gobernador. Todos ellos me daban seguridades de que muy pronto caerían los culpables en poder de la justicia y, con estas promesas, regresaba al fundo confiado en que la captura de la banda no tardaría en producirse. Pero, cuando vi que el tiempo pasaba y los descueradores, a pesar de



nuestra vigilancia, repetían sus atentados, acabé por perder la confianza en la acción policial. Ahora me limito a enviar una carta dando cuenta del suceso y señalando el color y las marcas de la piel de la res sacrificada.

—Bueno, tenemos entonces descartada la policía, pero quedan los propietarios de los fundos vecinos, pues entiendo que también a ellos les habrá tocado su parte, porque los merodeadores no te habrán elegido a ti como única víctima.

—Claro que no, también sufren del mismo mal. A Vargas, a Fernández y a Sandoval, que son los que están más cerca, los han tratado peor que a mí. No hay semana que no les descueren un animal o dos.

—¿Y ellos qué hacen, qué medidas toman?

—Nos hemos reunido varias veces para ponernos de acuerdo en este negocio, pero los medios puestos en práctica para solucionar la cuestión no han dado hasta aquí ningún resultado. Estos bribones son tan astutos que empezamos a desconfiar de que alguien les pueda echar la mano encima.

Del Solar asintió:

—Debe ser gente muy lista y ¿cómo proceden?

—De la manera más sencilla. Entran a un potrero, enlazan un buey o una vaca y lo sujetan al tronco de un árbol o a un poste de la cerca de tranqueros. En seguida, con un cuchillo puntiagudo le dan un golpe en la cerviz. Apenas la víctima, herida en la médula, cae fulminada, le arrancan la piel, cortan un pedazo de carne escorizada y se marchan con el botín.

El teniente protestó indignado:

—¿Qué bárbaros! Entonces lo deseneran vivo, porque la lesión de la médula, que inmoviliza al animal, no lo mata inmediatamente.

—Así es, Antonio, y además, como no despostan ni desangran la res, la carne se echó a perder y hay que venderla por nada. Por el cuero los darán veinte o treinta pesos y por esta miseria inutilizan sin provecho para nadie veinte o treinta veces este valor. Si se llevasen los animales vivos, no sentiríamos tanto su pérdida.

—Pienso lo mismo, Luis. Es doblemente odioso el proceder de esta canalla. Pero, ¿emplean luz, alguna linterna, cómo se las arreglan?

—No, no emplean luz, les basta el tacto. El resplandor de un fósforo o la brasa de un cigarro podría delatarlos.

—Entonces el operador debe ser un matarife de profesión, porque el sitio donde debe herir el cuchillo está entre la primera y la segunda vértebra, detrás



del nacimiento de los cuernos. He visto muchos vacos en el Matadero hacer esta operación, y me admira que con sólo la ayuda del tacto pueda alguien realizarla en la nobscuridad. O tiene ojos de gato el sujeto o es un diestro excepcional en el oficio.

El hacendado contestó:

—Por muy obscura que esté la noche siempre se ve algo a corta distancia. Además, esta gente está acostumbrada a trabajar en la sombra. Lo que no deja lugar a dudas es que el individuo en cuestión tiene una mano muy práctica porque la desviación de uno o dos centímetros del sitio preciso haría fracasar la empresa, pues el animal se revolvería furioso y sus bramidos pondrían en alarma a toda la hacienda.

—Y como ellos laboran en el mayor silencio, apelarían en el acto a la fuga. ¿no es verdad?

—Así lo harían, indudablemente.

—Otra cosa se me ocurre. Luis, Esos bellacos deben tener espías dentro de los fundos. Alguien que les da indicaciones de los animales, del sitio en que se hallan, de las noches que no hay rondas, etc.

—Creo lo mismo, Antonio, y por mi parte he ido eliminando a toda la gente sospechosa que había en el fundo. Igual cosa han hecho mis vecinos. Actualmente tengo un solo individuo que me inspira cierta desconfianza, pero lo vigilo y lo hago vigilar y en cuanto haya indicios suficientes en su contra, lo lanzo fuera también como a los otros.

—Me parecen muy bien esas medidas precautorias. Luchó, pero estos huasos son tan ladinos, tan desconfiados que no es fácil pillarlos en un renuncio.

—Es verdad que son astutos, pero a mí que hace años que estoy en contacto diario con ellos no me en gañan. Son almas primitivas que cualquiera con mediano espíritu de observación puede penetrarlas hasta el fondo.

Del Solar miró sonriendo a su amigo:

—Poco a poco, dijo, no debe ser tanta esa penetración ni esas almas primitivas tan inocentes cuando se burlan de ti y de tus amigos en un asunto que estoy seguro conocen en sus menores detalles.

Rivera sonrió a su vez y contestó:

—Tienes razón. Cuando se trata de apropiarse lo ajeno estos rústicos despliegan una inteligencia superior. Ni al mismo demonio se le ocurrirían las artimañas que ellos emplean para robar y ocultar sus latrocinios.

Durante un cuarto de hora ambos jóvenes prolongaron la sobremesa conversando sobre el mismo tema. Del Solar, que parecía vivamente interesado en aquel asunto, después de oír con atención a su amigo se levantó diciendo:

—Se me ha ocurrido una idea, pero tengo que darle muchas vueltas todavía. Cuando la haya rumiado lo

suficiente te la comunicaré. Ahora voy a darle una batida a las torcazas allá en los potreros.

—Precisamente en el de los Sauces encontrarás muchas. Todas las mañanas se ven ahí algunas bandadas. Yo, agregó Rivera, no te acompaño porque tengo que reparar algunas cuentas y escribir la cartita de marras al comandante de policía de N.

A la hora del mediodía hallábanse nuevamente el hacendado y su huésped reunidos en el comedor. Mientras almorzaban y después que del Solar hubo relatado una a una sus proezas cinegéticas la conversación recayó sobre el suceso ocurrido en la noche anterior. El teniente dijo a su amigo que en los Sauces había visto los restos de la vaca y observado cuidadosamente la herida penetrante de la cerviz, quedando convencido de que su idea podía llevarse a la práctica, pero tenía el inconveniente de ser demasiado cara, pues habría que sacrificar un animal.

—No sólo uno, dos o tres sacrificaría con gusto si pudiera echar el guante a esa canalla, exclamó Rivera con la mirada llameante y el rostro encendido por la ira.

—Entonces negocio hecho, declaró del Solar. Pero vas a permitirme que guarde todavía el secreto. Hay ciertos detalles que es preciso estudiar con detenimiento. Esta tarde regreso al pueblo y cuando todo esté listo vendré a comunicarte la solución del problema. Supongo que la hazaña de anoche no la repetirán tan pronto y pasará algún tiempo antes de que vuelva a darte otro zarpazo.

—Sí, dijo el hacendado en tono dubitativo, tal vez tardarán en venir, aunque no es del todo seguro porque el año pasado en una misma semana me mataron dos vacas.

Ocho días después de estos sucesos el teniente del Solar refrenaba el galope de su caballo y echaba pie a tierra en el patio de las casas del fundo El Laurel. En el amplio corredor encontró a Rivera, quien lo condujo a la pequeña pieza que le servía de escritorio y en la cual tuvieron ambos una larga conversación a puerta cerrada. Una hora más tarde estaban los dos a caballo y galopaban seguidos de cerca por Joaquín, a través de los potreros de la hacienda. Eran las diez de la mañana y los suaves rayos de un pálido sol iluminaban el hermoso panorama de los feraces campos. Los terrenos de El Laurel formados por pastosas vegas y suaves lomajes estaban subdivididos por cercas interminables de tranqueros, cierro que en las campiñas del Sur reemplaza a las pircas de piedra y a las tapias de adobón usadas en la región central y norte del país.

Después de diez minutos de marcha los tres jinetes penetraron en un extenso potrero en el que se veían numerosos lueyes y vacas, pasciendo la verde y jugosa yerba impregnada aún por el rocío del amanecer. Ri-

vera alargó la diestra y mostrando un grupo de animales, dijo:

—Estos son bueyes de trabajo, Antonio. Puedes elegir el que gustes.

Del Solar avanzó su caballo y se puso a examinar atentamente a los pacíficos ruminantes. Luego, señalando un hermoso buey rosillo cuyas astas levantadas hacia arriba indicaban su origen criollo, declaró:

—Este me conviene. ¡Es manso!

Joaquín replicó vivamente:

—Mansito, patrón. El Cordillera es una oveja.

Rivera le ordenó:

—Arréñalo para el potrero de los Pídenes.

El sitio elegido era un espacio de terreno de más o menos una cuadra de extensión y cerrado por gruesos tranqueros de pelfín. Apenas el buey y sus conductores se encontraron dentro del potrero, el militar y el mayordomo echaron pie a tierra y se acercaron al animal.

—Alléguese no más, patrón, decía el segundo. Es muy manso; mire su merced.

Y acariciaba el testuz de la pacífica bestia que no hacía un movimiento para esquivar el contacto de la ruda mano del campesino. El teniente alargó la diestra y, hundiendo los dedos en el espeso pelaje del cuello de la res, preguntó al labriego:

—¿Es aquí donde debe herir el cuchillo, Joaquín?

—Sí, su merced, un puntazo ahí cerca de las astas y el animal cae redondo como una piedra.

Del Solar introdujo la mano en el bolsillo de la casa y extrajo un objeto de forma cilíndrica que tenía el aspecto de un trozo de coyunda de cuero sin curtir y de unos setenta centímetros de longitud. En sus extremos asomaban dos finos alambres de cobre. Colocó aquello como una lazada en la base de los cuernos y unió los extremos, reforzando con gran cuidado los alambres que sobresalían en ellos. En seguida, volviendo a meter la mano en la faltriquera, sacó un pequeño rollo de alambre rojo y acabó de sujetar a las astas aquella especie de anillo después de algunos ensayos para mantenerlo en cierta postura. Luego, dando un paso atrás contempló con aire satisfecho la obra y dijo a Rivera que había observado en silencio todos los detalles de la operación:

—¡Qué buen cálculo, Lucho! Ni un centímetro de más ni de menos. Y fíjate cómo cae exactamente en el sitio preciso. Nuestro hombre si no quiere marrar el golpe no tiene más remedio que apartar el obstáculo.

Y encarándose con el mayordomo solicitó su parecer:

—Dígame, Joaquín, ¿cuándo encuentren el estorbo cómo procederán? ¿Lo desatarán o no, qué le parece? El interpelado contestó:

—Como trabajan apurados, su merced, no perderán tiempo en desatarlo sino que le cortarán con el cuchillo.

—Así lo creo yo también, afirmó el teniente y agregó tras una breve pausa: pero ¿no les llamará la atención, no desconfiarán?

El campesino lo tranquilizó:

—No, patrón, creerán que es un pedazo de coyunda que se le ha puesto al buey como señal.

Mientras caminaban de regreso a las casas, Rivera dio a su subordinado sus últimas instrucciones:

—Vas a decir a todos que el Cordillera tiene la fiebre aftosa y se le ha aislado en el potrero para evitar la propagación de la enfermedad. Vigilarás también con cuidado para que nadie se acerque a él.

El viejo se inclinó sumiso y murmuró con respeto:

—Está bien, su merced.

Al caer la tarde, llevando el morral repleto de torcazas, del Solar abandonaba el fundo y se despedía de su amigo con estas palabras:

—Está armada la trampa. Ahora, paciencia y esperar.

Un domingo por la mañana en el casino de oficiales y en presencia de varios de sus camaradas jefe del Solar en voz alta una carta que acababa de recibir. El sobre tenía el timbre de la estafeta de correos de N.º lugar que el batallón de ingenieros había dejado para

trasladarse más al norte, a la ciudad de P., donde se hallaba ahora de guarnición. De puño y letra del arrendatario de El Laurel, la misiva decía así:

—Mi querido Antonio; La trampa resultó admirable y ahora, gracias a ella toda la banda de descueradores está en poder de la justicia. Para que te des cuenta cabal del éxito de tu ingeniosa inventiva paso a hacerte un breve relato de los hechos. Como lo habíamos acordado previamente, procuré que la vigilancia nocturna en el fundo fuese lo más estricta posible. Al quinto día, con el pretexto de resguardar otros sitios más peligrosos, ordené que las rondas en el potrero de los Pídenes sólo se hiciesen noche por medio. El espía que había en el fundo y que resultó ser el mismo individuo del que ya tenía sospechas, debió, sin duda, de comunicar esta noticia a sus cómplices porque el jueves pasado en que no había vigilancia se decidieron a dar el golpe. Esa noche me acosté temprano, pues las continuas vigiliadas me tenían abrumado y dormía profundamente cuando me despertó el ruido de la explosión. Eran las dos de la mañana, me vestí apresuradamente y salí al patio donde ya Joaquín me esperaba con los caballos listos. Apenas llegamos al potrero, divisamos la masa del buey caída junto a los tranqueros. Nos desmontamos y encendimos las linternas de que íbamos provistos y después de echar una mirada al animal que yacía inmóvil con la cabeza destrozada, empezamos a examinar el terreno a su alrededor, descubriendo muy luego un rastro de sangre que manchaba la yerba a la orilla de la cerca. Seguimos esta huella en una gran extensión hasta llegar al camino real, en donde las pisadas de varios caballos nos revelaron que el herido y sus acompañantes debían ya encontrarse bastante lejos. Volvimos sobre nuestros pasos y reanudamos nuestras pesquisas en torno del difunto Cordillera, tropezando en breve con un saco en cuyo interior había algunos rollos de cuerdas y varios cuchillos de carnívero. Acabábamos de hacer este hallazgo cuando oí la voz de Joaquín que me decía:

—Patrón, venga a ver lo que hay aquí.

Anduve algunos pasos y a la luz de la linterna pude ver descansando sobre el pasto una mano unida a un trozo de antebrazo que sangraba todavía. Aunque no tengo nada de tímido, la vista de ese humano despojo me produjo un calorío de repulsión y de horror. Aquella mano enorme y musculosa oprimía en sus rígidos dedos la empuñadura de una daga de hoja ancha y corta, terminada en una punta muy aguda.

En el recorte del periódico local que te incluyo encontrarás los detalles de cómo la policía de N.º dió con el herido, quien, como tú presumías, es un antiguo matarife que cambió su trabajo diurno por el nocturno por estimar este último, sin duda, más lucrativo. Y como ha confesado de plano sus fechorías y denunciado a sus cómplices, ahora toda la banda de descueradores está en lugar seguro, lo que nos permitirá dedicarnos a nuestras labores sin los sobresaltos y cuidados que las entorpecieron por tanto tiempo.

Concluida la lectura una voz preguntó:

—¿Y la trampa, cómo era la trampa?

Del Solar explicó:

—La trampa era muy sencilla. Se componía de un tubo de caucho endurecido de dos centímetros de diámetro, relleno con doscientos gramos de dinamita. Para darle una apariencia inofensiva estaba forrado en piel de conejo. Los dispositivos para provocar la explosión eran dos y accionaban por medio de alambres que sobresalían en los extremos del tubo. Una ligera tracción en cualquiera parte de esta especie de aro, colocado a raíz de los cuernos del animal, producía el estallido de la dinamita.

La misma voz volvió a decir:

—Aunque muy ingenioso, me parece un poco salvaje el procedimiento.

Del Solar replicó vivamente:

—Se ve, Enrique, que ignoras lo que es el cuatrerasmo, esa vergonzosa y funesta plaga que azota nuestros campos. Si la conocieras como yo, tendrías otra opinión.

El aludido iba a replicar, pero la llegada de dos nuevos oficiales puso fin a la incipiente polémica.

BALDOMERO LILLO

1867-1923

